

eran antiquísimas. Después el sultán seldyúcida dirigió todas sus fuerzas contra la importantísima y bien defendida plaza de Ani, situada entre Kars y Erivan al Norte del Monte Ararat, y capital de la Armenia bizantina. Tampoco entonces se movió el autócrata de Constantinopla, antes bien consintió que los turcos se apoderasen de ella. Este importante baluarte de la Armenia cayó en poder de los turcos en 6 de junio de 1064 después de una prolongadísima y heroica defensa hecha por la valiente guarnición. Además de estos ataques otras hordas seldyúcidas antes y después asolaron las comarcas fronterizas a lo largo del Eufrates saqueándolo todo, matando a los varones válidos, llevándose las mujeres y los menores de edad como esclavos, y destruyendo radicalmente hasta la última huella de civilización en todas partes, excepto las plazas fuertes, como para hacer retroceder el país a los tiempos en que solo recorrían la dilatada superficie tribus nómadas aisladas, que por la agilidad de sus caballos y por su vida eludían siempre todo encuentro con las fuerzas bizantinas.

En estas circunstancias los armenios de Kars, reconociendo la imposibilidad de defenderse contra los turcos, resolvieron ceder su territorio al imperio bizantino; y para huir de sus enemigos se trasladaron casi en masa a las provincias bizantinas más próximas, donde fundaron después un nuevo reino armenio, llamado el rupeniano, que tenía su centro en las montañas de Cilicia, y figuró notablemente en tiempo de la primera cruzada. Esta adquisición no compensaba de ninguna manera la pérdida de la importantísima plaza de Ani ni la brecha consiguiente abierta en el cordón de obras defensivas en la frontera asiática.

No fué esta la única pérdida que experimentó el imperio debida a la indiferencia indolente del emperador; porque al perderse en Asia la plaza de Ani, los magyares, por su parte, aunque por corto tiempo, se apoderaron de Belgrado, la importante fortaleza del Danubio.

Más funesta aun para el imperio fué la irrupción que en la península balcánica y hasta en la misma Grecia hizo en 1061 un nuevo pueblo bárbaro y feroz que renovó en aquellas infortunadas provincias todos los horrores cometidos en épocas ya lejanas por los avares. Eran los uzos, rama ogusa, temida por los rusos, y enemigos antiguos de los pechenegos, que viéndose acosados enérgicamente por los rusos, se habían arrojado sobre los pechenegos, y forzando el paso por su territorio habían llegado al Danubio para invadir el imperio. Este pueblo que en tres tribus reunía 60,000 hombres válidos para manejar las armas, forzó el paso del río a pesar de la heroica resistencia que le opusieron los generales bizantinos Basilio Apocapes y Nicéforo Botoniatas y se derramó asolándolo todo por las provincias del imperio, llegando una columna numerosa hasta más allá de Salónica, y recorriendo otras columnas volantes hasta el interior de la antigua Grecia. Esta hueste sin embargo experimentó grandísimas bajas, ya por epidemias, ya por la resistencia de los griegos y búlgaros. El grueso de los bárbaros fué arrojado a la entrada del invierno a los Montes Balcanes donde todo el mundo se levantó contra ellos. El emperador, con su mezquindad acostumbrada, creyó que en vez de aniquilarlos sería más barato obligarlos a evacuar el territorio por medio de un módico sacrificio pecuniario; pero se obtuvo mucho mejor resultado sin este recurso miserable, pues que una banda de los bárbaros que había avanzado hasta Tzurulon fué aniquilada por las tropas bizantinas regulares, y el grueso de los uzos lo fué a su vez por las milicias búlgaras movilizadas a toda prisa y auxiliadas por los pechenegos. Para dar una satisfacción a la opinión pública de la capital, irritada de tan imperdonable cobardía, salió el emperador a campaña, y

gracias al valor y buena dirección del ejército permanente y de las milicias pudo regresar pronto con aquellos resultados lisonjeros. El resto de los uzos tuvo que rendirse a discreción y según la costumbre establecida fueron colocados los individuos en las propiedades del Estado en Macedonia en calidad de colonos después de haber sido bautizados, mientras los jefes principales fueron admitidos entre los magnates del imperio y también colocados convenientemente al servicio del país.

Dos años después, en 1067, murió Constantino X a la edad de 60 años, librando el imperio de un funesto gobernante; pero todavía debían pasar muchos años preñados de grandes peligros hasta que tomara las riendas del Estado una persona ilustre y capaz de hacer frente a la marea enemiga cada vez más formidable.

Constantino X se había casado en segundas nupcias a una edad ya muy madura con la hija de Juan Macrembolites, privado poderoso del emperador Miguel IV, llamada Eudoxia Macrembolitisa, mujer bella, instruida y de mucho tacto, con la cual tuvo 6 hijos, tres varones y tres hembras. A fin de asegurar a los primeros la sucesión los había hecho coronar en vida como tales sucesores. A su muerte nombró tutora de sus hijos y regente del imperio a su esposa Eudoxia, con la condición de no volverse a casar, condición que se hizo constar solemnemente en una promesa escrita y depositada en manos del patriarca Juan Jifilino, que ocupó tan importante puesto desde 1066 hasta 1075. De la misma manera hizo jurar al consejo de Estado que jamás reconocería otros emperadores que a sus hijos mientras estos viviesen. Todas estas providencias fueron muy pronto anuladas por la emperatriz viuda, cuando la dominó una nueva pasión.

Por lo pronto tomó personalmente la dirección de los negocios públicos, pero luego reconoció que sus fuerzas no bastaban para hacer frente a las continuas intrigas de los grandes y a los ataques incesantes de los seldyúcidos. El pueblo de la capital deseaba también que la emperatriz volviera a casarse; a la misma regente empezaba a halagar la idea de crearse, contrayendo segundas nupcias, una situación como la que imperó durante la menor edad de Basilio II, y finalmente decidióse por la afirmativa su propio corazón en circunstancias muy novelescas.

A la muerte de Constantino X era comandante de Triadiza Romano Diógenes, hijo de aquel infortunado Constantino Diógenes que tuvo un fin tan desgraciado en el reinado de Romano III. Contaba a la sazón treinta años y había heredado de su padre la figura varonil escultural, el valor indomable, el genio apasionado hasta la impremeditación y la ambición más fogosa. Este oficial se mezcló en una conspiración poco después de haberse encargado del gobierno Eudoxia, y preso y convicto del delito, fué conducido a la capital para recibir el castigo que la regente quisiera imponerle; pero cuando Eudoxia le vió se enamoró de él perdidamente.

No obstante haber pasado ya de los cuarenta años, era la emperatriz todavía mujer bellísima, de temperamento vivo y en general de formas seductoras. Indultó inmediatamente al reo, lo cual excitó grandísima alegría en las filas del ejército regular donde Romano era muy popular, y al mismo tiempo despertó el entusiasmo en la capital, donde se atribuyó esta clemencia extraordinaria al deseo de no desprenderse de un excelente general cuando justamente habían llegado noticias de una nueva y espantosa invasión de seldyúcidos en la Capadocia.

Entre tanto Eudoxia con su astucia de mujer indujo al patriarca Jifilino a devolverle su promesa escrita, haciéndole creer que pensaba casarse con un pariente próximo del lado: también ganó a favor de su proyecto al consejo de Es-

tado, y cuando tuvo todo bien dispuesto a medida de su deseo, anunció a últimos del año 1067 a los habitantes de la capital y al ejército que había elegido por esposo a Romano Diógenes.

La posición del nuevo emperador Romano IV no podía menos de ser difícilísima. Sus contrarios en la capital eran muchos y poderosos; los hijos de la emperatriz le miraban con recelo; la guardia imperial (los varangos) era adicta a los herederos legítimos y además hostil a Romano por espíritu de cuerpo, porque el nuevo emperador era muy popular en el ejército regular; de modo que costó a la emperatriz gran trabajo acallar su repugnancia y evitar que degenerase en motin. Había además otro peligro más grave y era el rencor profundo, implacable, aunque secreto y disimulado, del César Ducas, hermano del difunto emperador Constantino X y padre de dos hijos ya adultos, el cual tenía mucha influencia en el consejo de Estado; sin contar con que el patriarca, burlado tan cruelmente, era también enemigo de Romano, lo mismo que el presidente del consejo de Estado Miguel Pselo que con toda su mucha erudición y laboriosidad literaria era un intrigante flexible, solapado y maligno.

En esta situación pasó Romano IV dos meses en la capital para enterarse del estado del imperio y de las reformas que reclamaba; y al cabo de este tiempo juzgó ante todo indispensable buscar en los campos de batalla la consolidación de la diadema imperial en sus sienes, luchando con los seldyúcidos que entonces cometían más horrores que nunca en las provincias orientales del imperio.

El belicoso y turbulento sultán Alp Arslan había lanzado sus huestes en 1067 contra las comarcas del extremo Sudeste del imperio, donde los desalmados jinetes cumplieron con espantosa maestría el ya mencionado propósito de transformar aquellos países civilizados y productivos en desierto frecuentado solo por algunas tribus nómadas. Espantosas fueron las devastaciones y crueldades que cometieron en Mesopotamia, Melitene, Siria, Cilicia y Capadocia; y en esta última provincia habían conseguido apoderarse de la capital Cesárea. Romano IV se propuso librar estas provincias de aquellas fieras humanas a las cuales quiso escarmantar de una manera que perdiesen las ganas de volver al país. Era hombre a propósito para la empresa, valiente hasta el heroísmo, de una fuerza asombrosa y además general habilísimo. Por desgracia era también demasiado impetuoso e inclinado a menospreciar las fuerzas del enemigo; y así, siguiendo el sistema de Constantino X de dejar marchar las cosas por su propio impulso, dejó penetrar en su ejército la indisciplina y la traición.

Para su campaña reunió Romano IV en el distrito militar Anatólico, entre Sinada y Amorío en el Norte y Nordeste, é Iconio en el Mediodía, grandes masas de tropas mercenarias extranjeras que por su origen, armamento y manera de guerrear formaban un conjunto por demás heterogéneo. Por excelente que fuese cada individuo y cada grupo, no dejaba de ser muy arriesgado emprender con semejante ejército una gran campaña; pero el ardiente emperador entre cuyas virtudes no figuraban en primera línea ni la paciencia ni la perseverancia, se impacientaba al ver padecer tan horriblemente la tierra donde había nacido, deseando también por otra parte ganar las simpatías de las legiones mercenarias dejándoles adquirir fama y rico botín. Apresuróse, pues, a conducir las contra el enemigo. Dirigió la primera embestida contra Alepo cuyos habitantes musulmanes habían entregado la ciudad a los turcos, y habían atacado en unión con ellos a Antioquía. En marcha ya supo que una hueste seldyúcida había penetrado en la provincia del Ponto a orillas del Mar Negro y que asolaba y saqueaba el distrito de Neocesárea, hoy Niksar. Al instante torció camino hacia el Norte, arrolló

a las hordas seldyúcidas, les quitó el botín que habían hecho, y sin detenerse marchó por Germanicea a Siria, donde tomó y fortificó a Hierápolis, hoy Membich, é hizo alguna diversion enérgica contra los musulmanes de Alepo. Al regresar al Asia Menor a últimos del año 1068 recibió noticia de que nuevas hordas turcas del desierto rondaban por el cordón de fortalezas de la frontera oriental después de haber saqueado la ciudad de Amorío en el corazón del Asia Menor.

Marchó, pues, contra ellas a principios del año 1069; pero la deserción de un caballero normando con sus lanzas, deserción que fué menester castigar, demoró la salida del ejército, mientras los seldyúcidos asolaban según su costumbre la Capadocia. No fué cosa fácil obligar desde luego al combate ni sorprender a las bandas seldyúcidas montadas en veloces caballos, ni al principio sirvió para nada que el emperador enfurecido empezase a tratar a los turcos prisioneros como forajidos y salteadores; mas al fin se logró limpiar la Capadocia y Melitene de esta plaga, y entonces el emperador pasó el Eufrates para dar un golpe decisivo con la toma de Ajlat a orillas del lago de Van. Por desgracia, el general Filareto que había quedado con las fuerzas necesarias en la Mesopotamia para proteger esta provincia, se dejó derrotar, y esto bastó para que los turcos se derramasen otra vez por el país matando, robando é incendiando, y llegasen en otoño del año 1069 hasta los muros de Iconio. Quiso el emperador cortarles la retirada con el auxilio de los armenios de Cilicia y del comandante de Antioquía, pero los turcos al verse perdidos abandonaron el botín que habían hecho y escaparon por las sierras de Cilicia hasta Alepo.

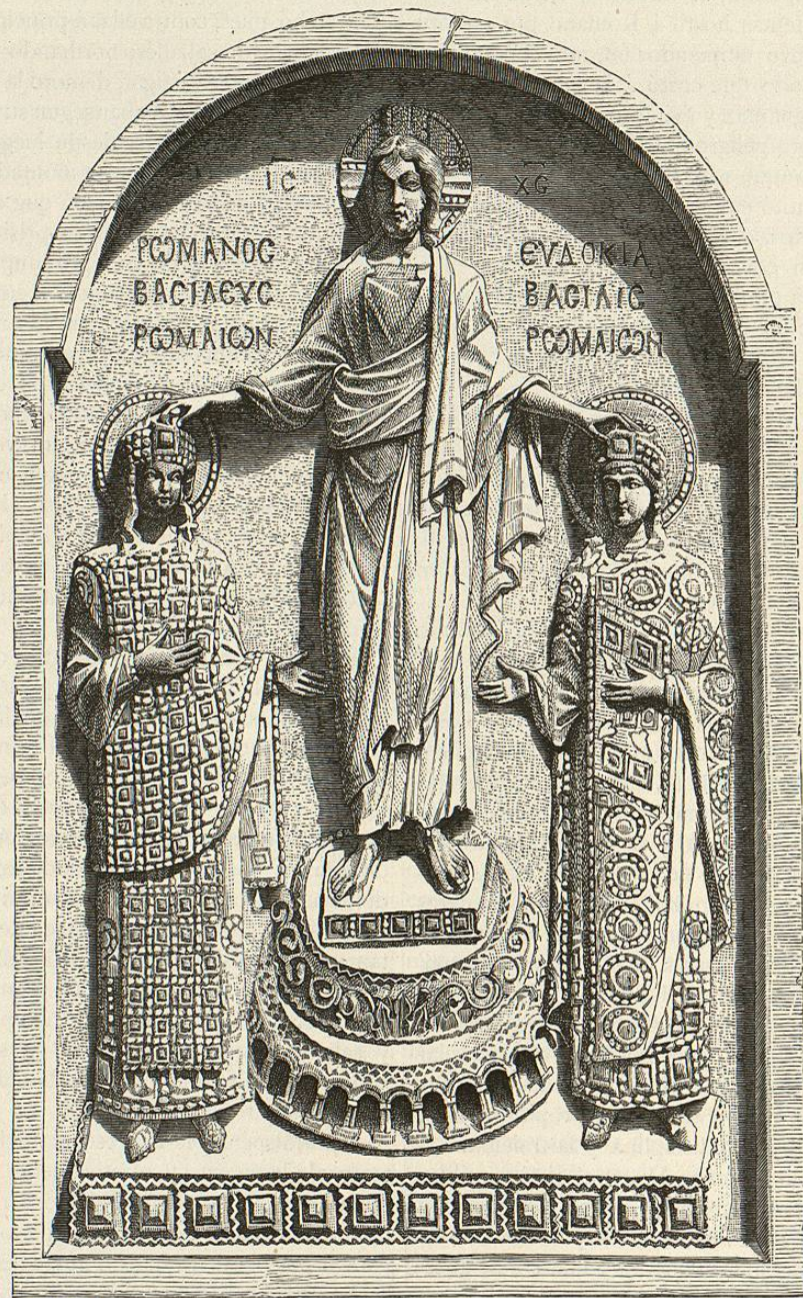
En esta situación, los asuntos de la Italia meridional reclamaron la presencia del emperador. Voló pues a Europa, pero en su ausencia del teatro de la guerra, el general en jefe de las fuerzas bizantinas, el príncipe Manuel Comeno, el mayor de los sobrinos del emperador Isaac I, fué derrotado y hecho prisionero por el caudillo turco Crisocrul en el país de Sebaste, hoy Sivas. A consecuencia de esta derrota los jinetes turcos extendieron sus correrías devastadoras hasta Conas ó Colosas, en cuya ciudad cometieron toda clase de iniquidades y profanaciones y saquearon completamente la iglesia principal, dedicada a San Miguel arcángel. Entre tanto el turco Crisocrul pronuncióse contra su sultán Alp Arslan, a instigación del príncipe Manuel su prisionero, y saliendo entonces el sultán personalmente a campaña, conquistó la importantísima fortaleza fronteriza de Armenia Manzikert y regresó al Iram.

Era indispensable la presencia del mismo Romano en el teatro de la guerra, y efectivamente marchó en la primavera del año 1071 con un formidable ejército de más de 100,000 hombres desde el centro del imperio a las fronteras del Este, para si posible fuera dar un golpe decisivo. En Teodosiopolis, hoy Erzerum, destacó una división compuesta de guerreros uzos y otros europeos mercenarios, conocidos ya por su indisciplina, ferocidad y latrocinios a las órdenes del normando francés Oursel Bailleul apoyado por la división de Traquianotes, para tomar la plaza fuerte de Ajlat a orillas del lago Van, según se hizo, mientras el emperador recobraba a Manzikert. Acercóse entonces a marchas forzadas Alp Arslan con sus huestes y derrotó en varios encuentros a las tropas bizantinas. El emperador llamó para reforzarse a la división enviada contra Ajlat, pero los turcos se interpusieron en el camino y mientras una sección de uzos se pasaba a sus afines los turcos, el resto de la división se retiró a la provincia militar de Mesopotamia. Alp Arslan ofreció primero la paz, pero Romano no admitió sus condiciones, y se dejó la decisión a las armas. La batalla fué formidable; ambos ejércitos pelearon heroicamente un día entero, sin que

se inclinara la victoria á ninguno de los dos bandos. Al cabo el emperador envió al príncipe Andrónico Ducas, hijo del César, con una parte de las tropas al campamento para defenderlo contra toda sorpresa; pero Andrónico aprovechó esta orden para abandonar traidoramente con todas sus fuerzas el campo de batalla, con lo cual sembró la confusión en todo el ejército. Entonces la caballería enemiga aprovechó

el momento para dar una tremenda carga que sembró el desorden en las filas bizantinas; y el emperador que despreciando todo peligro se esforzaba por restablecer la batalla, fué herido y al caer muerto el caballo que montaba cayó con él y fué hecho prisionero.

Alp Arslan trató á su ilustre prisionero con una caballerosidad muy rara en aquella época y mas entre turcos y



Placa de marfil, correspondiente al siglo XI, con las figuras del emperador Romano IV y de la emperatriz Eudoxia (Biblioteca nacional de París)

bizantinos. No pudo eximirle de la humillante ceremonia de poner el pié sobre su nuca en presencia de todos sus vasallos y grandes; pero hecho esto, le levantó, hizo que se le curaran sus heridas y que se le tratara con todos los honores y toda la solicitud compatibles con las circunstancias. Era que el sultan deseaba hacer la paz con el imperio á fin de quedar libre para extender sus dominios al otro lado del Gibon. Firmóse la paz obligándose el emperador á dar libertad á todos los prisioneros seldyúcidas sin rescate y á pagar al sultan un millon de centenes de oro; y despues de ocho dias

de cautiverio recobró Romano su libertad. Le aguardaba sin embargo una suerte mil veces peor.

Cuando la noticia de la prision de Romano llegó á Constantinopla, le dieron por perdido amigos y enemigos. En el imperio no existia la fidelidad á la persona y familia del soberano, ni semejante fidelidad entraba en la naturaleza del pueblo bizantino, el cual por otra parte no tenia medios de hacer prevalecer sus simpatías en favor de Romano contra los grandes y las clases altas, entre las cuales el emperador se habia creado además de los antiguos enemigos otros nue-

vos con su solicitud por el bien público, su reduccion de los gastos y diversiones de la corte, y su severidad para con los empleados en la capital y las provincias que abusaban de su posicion para enriquecerse por medio de fraudes y extorsiones.

En estas circunstancias poco trabajo costó al viejo é intriguante Pselo hacer aceptar su proposicion de coronar inmediatamente como co-regentes á Eudoxia y á su hijo mayor Miguel en vista del estado calamitoso del país. Apenas se habia llevado á efecto esta resolusion recibió la emperatriz una carta escrita del propio puño del emperador, en la cual este le anunciaba su próximo regreso. Esta noticia inesperada cayó como una bomba en la corte. El César Ducas no quiso dejar escapar la ocasion de apoderarse entre tanto del trono, como regente, y de vengarse de Romano Diógenes. Arrojó la máscara y apoyado por Pselo y sus partidarios en el consejo de Estado propuso á la emperatriz declarar á su esposo destronado por haber aceptado condiciones humillantes; y como Eudoxia se negara á aceptar tal proposicion, la hizo prender á la entrada de la noche del mismo dia y la mandó trasladar en un buque al convento de Santa María á orillas del Bósforo fundado por ella misma, donde fué maltratada y obligada á la fuerza á hacerse monja y profesar. Al propio tiempo Ducas con su hijo menor se encargó del mando de la guardia imperial y de la guarnicion de la capital, é hizo proclamar emperador á su hijo mayor Miguel, séptimo de su nombre, enviando órdenes á todas las provincias para que no reconocieran ya como soberano á Romano IV pues que solo habia gobernado como regente hasta la mayor edad de su hijo político.

Romano IV Diógenes, avisado á tiempo, estaba decidido sin embargo á no reconocer el golpe de Estado; pero en su marcha desde Amasia á Constantinopla fué derrotado por las tropas de Ducas cerca de Docea, hoy Tosiyé, á orillas del rio Devrec, y retrocedió á Adana en la Cilicia, donde se le unió con sus fuerzas Cachadur comandante de Antioquía. Allí tambien fué derrotado, esta vez por el príncipe Andrónico, hijo del César que habia vendido á los turcos la plaza de Manzikert. Entonces capituló Romano abdicando solemnemente y prometiendo retirarse á un convento, á cambio de la seguridad completa para su persona, que le prometió Andrónico, seguridad garantida además con juramento por los arzobispos de Calcedonia, Heraclia y Coloneya.

Esta garantía de nada valió al infortunado Romano, porque el César Ducas, carácter al parecer mas que infame y brutal, mandó quemar los ojos al ex-emperador á quien Andrónico se habia llevado de una manera indigna prisionero hasta la Frigia, donde fué cumplida la orden del César de la manera mas inicua y feroz. Con las barras de una tienda de campaña enrojadas al fuego le fueron quemados los ojos á pesar de los arzobispos y de su juramento; y no contento con esto su hipócrita y bestial enemigo dispuso que se dejase á su víctima sin curar en un convento fundado por el infeliz en la isla de Prote en el Mar de Mármara, donde espiró á los pocos dias en medio de indecibles dolores. A su viuda, la ex-emperatriz Eudoxia le fué concedido el permiso de erigirle un magnífico mausoleo.

Así empezó el reinado de Miguel VII, uno de los hombres mas despreciables que han ocupado el trono de Constantinopla. Reunió todas las cualidades peores de su padre Constantino X, y en el corto tiempo que rigió los destinos del imperio decayó este de una manera espantosa. El sultan Alp Arslan, para vengarse de la anulacion del convenio celebrado con el desgraciado Romano IV, lanzó otra vez sus hordas sobre las provincias orientales del imperio sembrando, segun su antigua práctica, todos los horrores por doquiera

que pasaban, mientras el jóven emperador, discípulo de Pselo, se entretenia bajo la direccion de este solapado pedante en estudiar retórica y hacer versos griegos, sin dar muestra ni esperanza alguna de cualidades propias de un gobernante útil. Desconfiado y débil, dejó el gobierno á su falaz tio, y este lo dejó en general en manos del ministro Niceforitzes, eunuco del tiempo del emperador Monomaco y que habia sido nombrado director de correos por el gobernador de la Hélade antes de llegar á ser ministro. Era hombre de gobierno, activo y de mucho talento, pero perverso; administrador pródigo, cuidadoso solamente de enriquecerse y enriquecer á sus amigos. Los grandes funcionarios cobraban magníficos sueldos; la corte continuó su marcha fastuosa y las diversiones públicas siguieron absorbiendo cantidades enormes, mientras quedaban postergados el ejército permanente, la armada, las calzadas y puentes, los puertos y las plazas fuertes, y mientras las extorsiones de los empleados del fisco eran cada vez mas escandalosas é inaguantables. A tanto llegó la infamia de este ministro y del mismo emperador, que en las épocas de carestía y escasez, monopolizaron el comercio de trigo y vendian al pueblo á precios usurarios el grano de los depósitos imperiales de Redesto á orillas del Mar de Mármara; abuso infame que valió al emperador el sobrenombre de *Parapinaceo* que quiere decir: *hurtador del cuarteron* porque el pueblo decia que los empleados imperiales le estafaban tres celemines en cada cuartera.

Con semejante desgobierno no podia menos de resentirse la cohesion interior del imperio, y á haber durado mucho, acaso hubiera entonces ya producido un estado de cosas, como el que creó un siglo despues la dinastía de los Angelos; pero tal como era, bastó ya para dar terribles brios á los enemigos exteriores.

Desde 1057 los normandos habian consolidado cada año mas su dominio en la Italia meridional, y lo fueron extendiendo muy particularmente sobre los ducados longobardos, disputados durante tanto tiempo por los emperadores alemanes y bizantinos. Capua fué el primer ducado que sometieron y unieron al condado de Aversa en 1058. En aquel tiempo efectuóse tambien la alianza estrecha entre los normandos de Italia y los papas, los cuales, con su hábil y admirable diplomacia, supieron hacer de estos rudos guerreros sus defensores mas firmes, primero contra la nobleza romana y luego contra la ingerencia molesta de los emperadores de Alemania.

En los postreros dias del año 1058 fué elegido papa Nicolás II, que en la primavera del año siguiente, por medio del cardenal subdiácono Hildebrando hizo un tratado de alianza con Ricardo de Aversa, cuñado de Roberto Guiscardo, y sobrino, y desde 1047, sucesor de Rainulfo, reconociéndole como príncipe soberano de Capua, salvos el vasallaje y homenaje debidos á la Sede pontificia y la obligacion de proteger y defender á esta y á la Iglesia católica. El mismo diplomático hizo tambien otra alianza análoga con Roberto Guiscardo, mucho mas poderoso que su cuñado, y que entonces habia extendido su dominio desde la Pulla sobre toda la Calabria hasta el Faro. El objeto de la astuta diplomacia del papa era doble: atraerse dos defensores poderosos y valientes, y abrirse camino para poder impedir que sus mismos defensores se hiciesen demasiado poderosos.

Roberto Guiscardo, casado con la bella y heroica princesa longobarda Sigelgaita de Salerno, trabajó sin descanso con el benéplacito y gran satisfaccion de la Sede romana, en la reduccion del poder bizantino en Italia. Con la conquista de Reggio y Esquilache acabó de someter toda la Calabria, y con la toma de la plaza fuerte de Troya en 1060 completó la sumision de la Pulla. Al año siguiente, aprovechando las